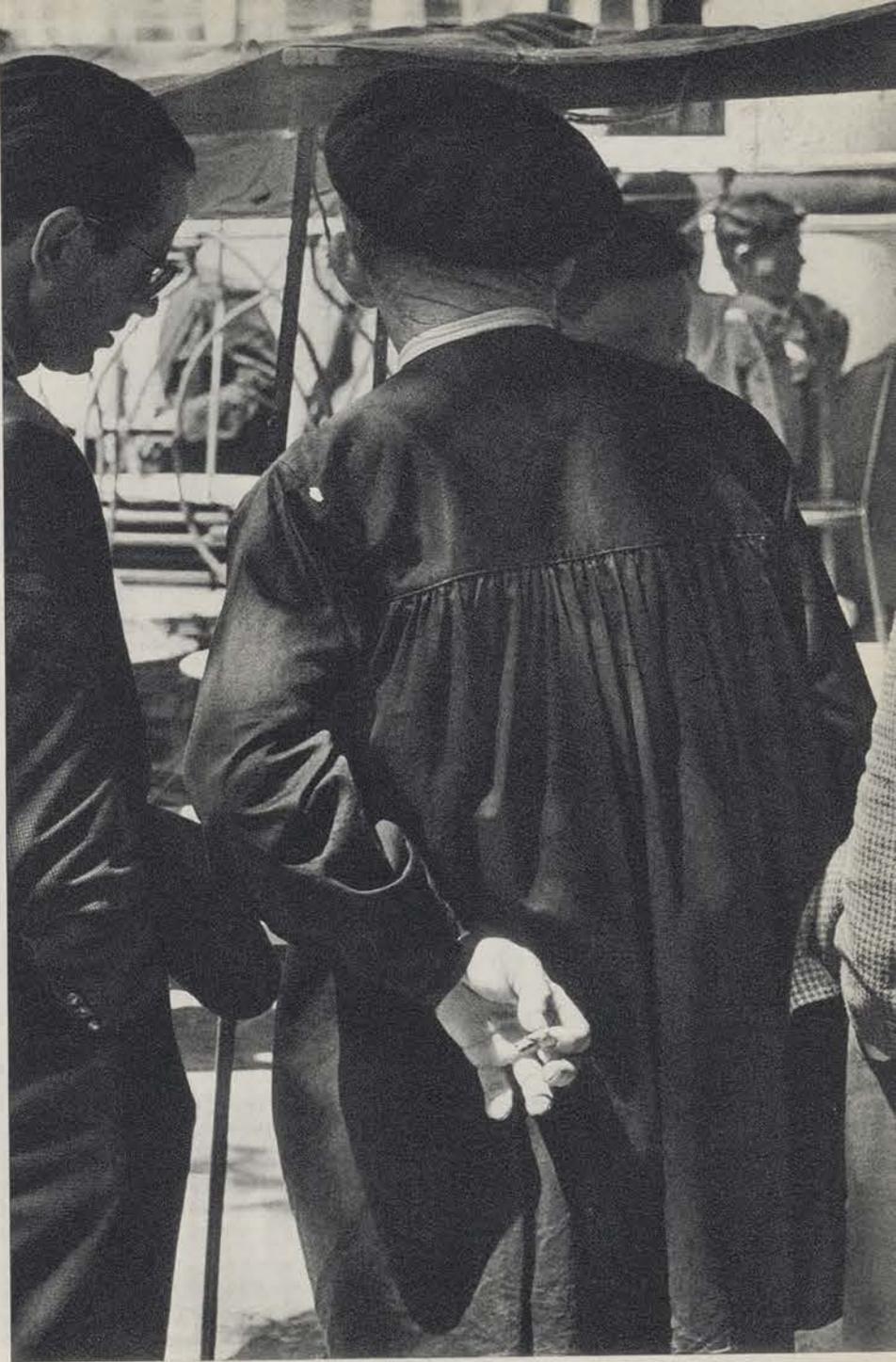


# EL ZOCO DE ZOCODOVER

**A** HORA, cuando la palabra «mercado» tiene nueva dimensión y un más amplio y dilatado contenido, Toledo puede enorgullecerse de poseer uno de los mercados más antiguos del mundo: el zoco de Zocodover. Su nombre árabe acaso refleje un estilo, mas no su antigüedad, pues éstos lo heredaron de los visigodos, quienes a su vez lo encontrarían organizado por los romanos; los árabes le dieron nombre, al igual que hicieron con el romano puente de Alcántara, allí cercano.

Zocodover es una plaza irregular, a la que se llega por la subida principal de la ciudad, porque Toledo, ciudad-fortaleza, tiene pocos y bien defendidos accesos, y de ellos el único practicable para los modernos vehículos es el trazado en tiempos de Carlos V, uniendo la subida desde el puente de Alcántara con la calle que arranca de la Puerta de Bisagra, la imperial Puerta de Bisagra. Ambos accesos se unifican en la calle de las Armas, que, ascendiendo valientemente, llega a Zocodover. Zocodover, más que plaza, es una bifurcación de la subida a la ciudad en dos direcciones, dos rumbos importantes, fundamentales: el que lleva a la forta-



Labradores de Mora, mujeres de la Sagra—el antiguo Sáhara toledano—, son los habituales visitantes del zoco moruno que se celebra todos los martes.





Un fondo de soportales enmarca el zoco, con sus tenderetes y compradores. Anforas morunas, de cerámica de Talavera, justificarían el nombre de la plaza.



Bajo el Arco de la Sangre, un grupo de turistas se reúne para comenzar su itinerario por la histórica ciudad, mientras contemplan el mercado insólito.

Qué cavilaciones asaltarán a este buen lugareño de Guadamur o Azucaica ante esa policromía de tonos y flores que enmarcan su ibérica silueta...



leza principal del recinto, en tiempo de Roma prisión, castillo en el medio y que Carlos V elevó a categoría de Alcázar imperial; la otra ruta penetra en la ciudad derecha hacia su grandiosa Catedral primada, enclavada en el mismo lugar que ocupó la musulmana Mezquita principal.

Esta plaza de Zocodover, situada en el extremo este de la ciudad, ha sido y es, no obstante su posición excéntrica, el centro vital de Toledo. Allí se corrieron los torneos medievales; allí se celebró el «juicio de Dios» decretado por Alfonso VI, que hizo prevalecer el rito mozárabe; allí se consumaron los autos de fe de la Inquisición y se dieron las representaciones teatrales de los autores más famosos de nuestro Siglo de Oro. Más recientemente, en nuestros días, la plaza de Zocodover fue campo de batalla, tierra de nadie, durante el tiempo que duró el asedio del Alcázar, salvando su estilo tradicional una acertada reconstrucción.

Y la plaza, desde no se sabe cuándo, acaso desde su origen, se convierte un día a la semana en abigarrado mercado lleno de colorido y tipismo. Este es el mercado o zoco de los martes. Hasta que Felipe II trasladó la Corte a Madrid, el comercio y la industria tuvo en Toledo un esplendor y un auge extraordinarios. Los gremios toledanos disfrutaron durante la Edad Media de gran poder y autoridad; agrupados por barrios, según sus distintos oficios, todavía muchas calles toledanas ostentan el nombre de aquellos gremios. Las Corderías, las Tornerías, las Cadenas, las Armas, la Plata, la Sal, la Sillería, son nombres de otras tantas calles que claramente nos dicen qué actividades comerciales se desarrollaban en ellas siglos atrás. Pero mientras los gremios estructuraban y organizaban su comercio por calles y barrios, el viejo mercado del zoco, una vez por semana, florecía en la histórica plaza con todo el sabor primitivo de sus tenderetes, sus bulliciosas transacciones, sus trueques y sus cambios. Y casi con ese mismo espíritu ha llegado hasta ahora.

El zoco toledano es un mercado regional que atrae fundamentalmente compradores y vendedores de toda la comarca. Cada martes, bien de mañana, van atravesando las viejas puertas de la ciudad vecinos de los cercanos pueblos; traen perdices y conejos de Nambroca, legumbres de Gálvez y Guadamur, hortalizas de Azucaica, labores sutiles de Lagartera, encajes de Oropesa y la cerámica de Talavera y Puente, cuyas ánforas de pura línea árabe justificarían plenamente el hecho de ser expuestas en un zoco. Y vienen, sobre todo, las bargueñas. Bargas es un pueblecito situado como a dos leguas de la capital, que hace un montón de siglos fundó una colonia de industriosos judíos; de allí provienen esos muebles renacentistas, cuajados de cajones y secretos; es famosa la belleza de sus mujeres y su sentido comercial; nos atrevemos a decir que en los actuales «martes» la presencia de estas bargueñas es la nota más auténtica y tradicional del zoco. En una determinada zona de la plaza, siempre la misma, las bargueñas, sentadas en el suelo, con su amplia faldamenta extendida en derredor, vigilan su puesto, desparrramado en torno: canastos repletos de gordos y frescos huevos de gallina, montones de sabrosas nueces, castañas, higos secos, queso de cabra..., productos primitivos, tradicionales, lo de siempre, todo muy de zoco. Estas mujeres, que en nutridos grupos vienen desde su pueblo andando al «martes», igual que lo hacían en el siglo XIII, no quieren conocer lo actual, lo moderno, los alimentos elaborados, las ventajas de los frigoríficos, de la mecanización. De esa mecanización que ha hecho desaparecer el hasta hace pocos años floreciente mercado de ganados, que se extendía al otro lado del Arco, junto a la Posada de la Sangre, lugares inmortalizados por Cervantes en *La ilustre fregona*, reuniendo cientos de lustrosas caballerías. La guerra terminó con la posada y la gasolina hizo desaparecer aquellos hermosos ejemplares de ganado de tiro y de labor.

Pero Zocodover, como siempre, se puebla todos los martes por los lugareños de las cercanías, que vienen ese día a vender y a comprar, igual que sus antepasados más remotos. Quiera Dios que sus futuras generaciones sigan poniendo su nota humana y auténtica en la estampa tradicional y reciamente primitiva del zoco, en contraste con esos grupos de turistas anodinos y curiosos que a Toledo llegan atraídos por estas tradiciones, por su arte y por su historia. Porque la bifurcación de Zocodover sigue todavía las dos históricas direcciones: la de su excepcional Catedral y la de su glorioso Alcázar.

Zocodover mantiene la actividad mercantil hasta las dos de la tarde; a partir de esta hora los tenderetes desaparecen rápidamente y la plaza es barrida y aseada, mientras aquellos hombres y mujeres, de tez curtida por el seco sol de Castilla y ruda vestimenta, caminan hacia sus pueblos con el sano producto de su venta o cargados con los paquetes de lo comprado en el zoco.

La plaza recupera su habitual movimiento, y cuando la noche llega, Zocodover se anima en bullicioso paseo juvenil, donde las muchachas, de sugeridora belleza, reciben pleitesía de los jóvenes toledanos y los apuestos cadetes de la Academia de Infantería. Porque también en esta plaza con nombre de mercado moro tienen su nacimiento y gestación la mayoría de los noviazgos, dilatados y honestos, de la juventud toledana. Y en el ir y venir de las parejas y los grupos hay siempre algo ritual, tradicional e inmutable de la milenaria ciudad del Tajo.

ANTONIO DELGADO



# Mercado de los martes en Toledo

